

IMPRIMIR

WAKEFIELD

NATHANIEL HAWTHORNE

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

En algún periódico o revista antiguos recogí una historia, contada como verídica, en la que un hombre -llamémosle Wakefield- se alejaba durante mucho tiempo de su esposa. El hecho, expuesto así, en abstracto, no es algo muy fuera de lo común y si no se distinguen con precisión las circunstancias, tampoco puede condenárselo como perverso o absurdo. No obstante, este caso de delincuencia marital aunque dista mucho de los más graves, es quizás el más extraño de todos los conocidos; además, constituye uno de los caprichos más extraordinarios que pueda encontrarse en la lista completa de las extravagancias humanas. El matrimonio vivía en Londres. El hombre, con la excusa de hacer un viaje, se alojó en la calle inmediata a la de su hogar y allí vivió durante veinte años, sin que lo advirtiera su esposa ni sus amigos y sin que existiera la menor razón para semejante autoconfinamiento. Durante ese período observó todos los días su casa, y a menudo a la desesperada señora Wakefield. Después de tan grande interrupción en su felicidad matrimonial, cuando su muerte se daba por segura, cuando ya se había adjudicado su herencia, se había borrado su nombre de la memoria de las gentes y ya su esposa se había resignado desde hacía mucho a su viudez otoñal, entró por la puerta una tarde, tranquilamente, como si volviera después de un día de ausencia, y se convirtió en un esposo amante hasta el día de su muerte.

Esto es todo lo que recuerdo. Pero el incidente, aunque de la más pura originalidad, sin par y que probablemente nunca se repetirá, creo que apela a la generosa simpatía de la humanidad. Cada uno sabe en particular que no cometería semejante insensatez, y pese a ello siente que otros podrían hacerlo. Por lo menos en mi caso, los hechos se me presentaron repetidas veces despertando siempre mi asombro, pero con el sentimiento de que la historia debía ser verdadera, y también con una imagen del carácter de su protagonista. Cuando un hecho afecta al espíritu con tanta fuerza vale la pena detenerse a pensar en él. Si el lector desea hacerlo por su cuenta, dejémosle con sus propias meditaciones; si en cambio prefiere recorrer conmigo los veinte años que duró el capricho de Wakefield, le doy la bienvenida. Confiemos en que la

historia estará impregnada de un sentido y tendrá una moraleja -aun cuando no logremos hallarla- claramente delineada y sintetizada en la oración final. El pensamiento tiene siempre su eficacia, y todo incidente asombroso su moraleja.

¿Qué tipo de hombre era Wakefield? Tenemos libertad para hacernos nuestra propia idea, y ponerle el nombre de Wakefield. Wakefield se encontraba entonces en el meridiano de su vida; sus afectos matrimoniales, nunca violentos, se habían serenado hasta convertirse en un sentimiento calmo. habitual; era probable que, entre todos los esposos, fuera el más constante, debido a que cierta pachorra hacía que su corazón permaneciese quieto, cualquiera que fuese el lugar en que se había detenido. Era intelectual, pero no de manera activa; su mente estaba ocupada por largas y perezosas divagaciones, que no llevaban a meta alguna o bien carecían del vigor necesario para alcanzarla; sus pensamientos pocas veces eran lo bastante enérgicos como para plasmarse en palabras. La imaginación, en el estricto sentido de la palabra, no formaba parte de las dotes de Wakefield. Con un corazón frío, pero no depravado ni voluble, y una mente a la que nunca afiebraban pensamientos turbulentos ni quedaba perpleja ante la originalidad, ¿quién hubiera previsto que nuestro amigo iba a conquistarse un sitio destacado entre los realizadores de extravagancias? Si se hubiera preguntado a sus amistades quién era el hombre de Londres de quien podía asegurarse con mayor certeza que todo lo que hiciese hoy sería olvidado mañana, ellas habrían pensado en Wakefield. Sólo la esposa de su corazón hubiera vacilado. Ella, sin haber analizado el carácter de su marido, tenía conciencia de un cierto egoísmo tranquilo que había penetrado en la inactiva mente de Wakefield, de un género peculiar de vanidad, el más inquietante de sus atributos, de una predisposición a la superchería (que raras veces había tenido efectos más positivos que el mantenimiento de secretos pequeños y que apenas merecían revelarse) y, finalmente, de lo que ella a veces calificaba de una cierta rareza del buen hombre. Esta última cualidad era indefinible, y quizás no existiera.

Imaginemos a Wakefield mientras se despide de su esposa. Es el crepúsculo de una tarde de octubre. Su equipo está compuesto de un abrigado gabán color gris amarillento, un sombrero cubierto por una especie de hule, botas altas, un paraguas en una mano, una maleta ligera en la otra. Ha contado a su esposa que tomará la diligencia de la noche hacia el campo. Ella le preguntaría de buena gana cuánto va a durar su viaje, cuál es su meta y cuándo estará de vuelta; no obstante, indulgente con el inocente amor por el misterio de Wakefield, lo interroga sólo con la mirada. Este le dice que no espere su retorno con la diligencia ni se alarme si demora tres o cuatro días; pero que, en cualquier caso, lo espere para la cena del viernes. El mismo Wakefield, téngase presente, no sospecha lo que le aguarda. Él extiende su mano, ella le da la suya, y se dan un beso de despedida a la manera rutinaria propia de una pareja que lleva diez años de matrimonio. Y ya parte el maduro Wakefield, casi resuelto a asombrar a su bondadosa esposa con la ausencia de toda una semana. Luego que la puerta se ha cerrado tras las espaldas de Wakefield, ella ve cómo se abre un poco, y a través de la apertura, aparece el rostro de su marido que le sonrío y desaparece en un instante. Por el momento deja pasar este hecho sin reflexionar. Sin embargo, mucho más tarde, cuando ya tenía más años de viuda que de esposa, esa sonrisa vuelve a aparecérselo y se entremete en todos los recuerdos del rostro de su marido. En sus meditaciones rodea a esa sonrisa de una multitud de fantasías que la convierten en algo extraño y temible. Por ejemplo, cuando lo imagina en un ataúd aquella mirada de despedida se congela en los pálidos rasgos del hombre; cuando lo imagina en el cielo, en cambio, su espíritu bendito todavía conserva una sonrisa tranquila y enigmática. Con todo, por su parte, cuando todos los demás lo han dado por muerto, ella a veces duda de ser realmente una viuda.

Pero lo que nos interesa es el marido. Debemos correr tras él por la calle antes de que pierda su individualidad y se confunda en la gran masa de la vida londinense. Allí sería inútil buscarlo. Por lo tanto, mantengámonos pegados a sus talones hasta que, tras varios rodeos y retornos inútiles, lo encontremos cómodamente sentado junto al hogar

de un pequeño apartamento, cuyo alquiler estaba apalabrado de antemano. Está en la calle contigua a la de su casa y al final de su viaje. Apenas puede confiar en la buena fortuna de haber pasado hasta ese momento inadvertido: recuerda que, en un momento, fue detenido por la multitud bajo el mismo foco de un farol encendido, y que había pasos que parecían seguir los suyos, diferenciados de la trampa multitudinaria que lo circundaba, y recuerda cuando oyó una voz que gritaba a lo lejos y que -según le pareció- pronunciaba su nombre. Sin duda, una docena de chismosos lo observa y contó a su esposa todo el asunto. ¡Pobre Wakefield! ¡Cuán poco conoces tu propia insignificancia en este gran mundo! Ningún ojo mortal que no fuera el mío te ha seguido los pasos. Ve tranquilamente a tu cama, insensato; y mañana, si eres sabio, vuelve a tu hogar con la buena señora Wakefield y cuéntale la verdad. No te alejes ni siquiera por una semana de tu lugar en su casto corazón. Si por un solo momento ella te imaginara muerto, o perdido, o alejado de ella para siempre, pronto experimentarías el dolor de conocer un cambio perdurable en tu esposa. Es peligroso abrir una grieta en los afectos humanos y no porque sea tan larga y ancha, sino por lo pronto que vuelve a cerrarse.

Casi arrepentido de su travesura, o como quiera llamársela, Wakefield se acuesta temprano y, al despertarse de su primer sueño, extiende sus brazos en el espacio ancho y solitario de su desacostumbrada cama. "No -piensa mientras se envuelve con la ropa de cama-; no volveré a dormir solo otra noche".

Por la mañana se levanta más temprano que de costumbre y se pone a pensar qué es realmente lo que quiere hacer. Sus hábitos de pensamiento son tan laxos y vagos que ha dado este extraño paso con la conciencia de tener un propósito, desde luego, pero sin poder definirlo en una medida suficiente como para reflexionar en ello. La vaguedad del proyecto y el esfuerzo convulsivo con que se lanza a su ejecución son igualmente característicos de un hombre irresoluto. Sin embargo, Wakefield examina sus ideas tan minuciosamente como puede y siente curiosidad por saber qué ocurre en su casa, cómo soportará su ejemplar esposa la viudez de una semana y, en síntesis,

cómo afectará su alejamiento a la pequeña esfera de criaturas y circunstancias de las cuales él es centro. Una morbosa vanidad, pues, se encuentra en el mismo centro de su conducta. Pero, ¿cómo alcanzará él sus fines? Por supuesto, no permaneciendo encerrado en su confortable alojamiento donde, aunque duerma y despierte en la calle inmediata a la suya, concretamente está tan lejos como si la diligencia lo hubiera transportado durante toda una noche. Con todo, si él reapareciera, todo el proyecto recibiría un golpe mortal. Su pobre cerebro, atormentado por este dilema, finalmente se aventura y decide cruzar el extremo de la calle y lanzar una rápida mirada a su abandonado domicilio. El hábito -pues es un hombre de hábitos- lo toma de la mano y lo guía, sin que él tenga conciencia alguna, a su propia puerta donde, justamente en el momento crítico, el crujido de su paso sobre el umbral lo lleva a tomar conciencia. ¡Wakefield! ¿Hacia dónde vas?

En ese momento su destino daba un giro decisivo. Sin soñar con la condena que le impone su primer paso de retirada, se aleja apresurado, sin aliento, con una agitación no sentida hasta entonces, y apenas osa volver la cabeza desde la distante esquina. ¿Es posible que nadie lo haya visto? ¿Todos los habitantes de su hogar -la dulce señora Wakefield, la inteligente doncella y el sucio mandadero- no harán sonar la alarma a través de las calles de Londres, en persecución de su fugitivo amo y señor? ¡Maravillosa huida! Reúne coraje para detenerse y mirar hacia la casa, pero el sentimiento de que algo ha cambiado en el familiar edificio lo deja perplejo, al igual que todos nos sentimos afectados cuando, tras una separación de meses o años, volvimos a ver alguna colina o lago, u obra de arte, de la cual somos viejos amigos. En los casos habituales esta impresión indescriptible es provocada por la comparación y el contraste entre nuestros recuerdos imperfectos y la realidad. En Wakefield, la magia de una única noche ha producido una transformación semejante, ya que, en ese breve período, se ha efectuado un gran cambio moral. Pero éste es un secreto que le pertenece. Antes de abandonar el lugar llega a ver a la distancia y por un momento a su esposa, que pasa a través de la ventana delantera con el rostro vuelto hacia el extremo de la calle. El astuto majadero huye,

aterrado por la idea de que, en medio de un millar de átomos de mortalidad, los ojos de la señora Wakefield lo hayan detectado a él. Cuando vuelve a sentarse finalmente ante el hogar de su nuevo alojamiento, el corazón de Wakefield experimenta alegría, aun cuando su cerebro esté algo aturdido.

Hasta aquí el principio de este largo desvarío. Tras la concepción inicial, y la excitación por el pachorriento temperamento del hombre necesaria para ponerla en práctica, todo el asunto se desenvuelve de un modo natural. Podemos imaginar a Wakefield cuando, luego de una profunda deliberación, compra una nueva peluca rojiza y selecciona de una valija de un ropavejero judío diversas ropas de un tipo diferente del de su habitual traje castaño. Ya está hecho, Wakefield es un hombre nuevo. Establecido el nuevo sistema, un movimiento de retorno al anterior sería un paso tan difícil como aquel que lo llevó a su peculiar situación. Además, Wakefield se vuelve obstinado por un enojo que a veces influye en su estado de ánimo, y que ahora es provocado por el sentimiento de que su conducta ha dado lugar a una reacción inapropiada en el corazón de la señora Wakefield. No retornará mientras ella no esté aterrada casi hasta el punto de morir. La señora Wakefield ha pasado dos o tres veces ante sus ojos, cada vez con un andar más pesado, con las mejillas más pálidas y un ceño más ansioso. En la tercera semana de su desaparición, Wakefield llega a ver a un heraldo de males que entra en su hogar bajo la forma de un farmacéutico. Al día siguiente el llamador está envuelto para evitar ruidos. Hacia la noche arriba la carroza de un médico, y deposita su altanera y solemne carga en las puertas de la casa de Wakefield, de donde sale tras una visita de un cuarto de hora, quizás como el preanuncio de un funeral. ¡Pobre mujer! ¿Morirá acaso? En esos momentos Wakefield siente una excitación semejante a la energía, pero aún permanece apartado del lecho de su esposa, excusándose, en su inconsciencia, con el argumento de que es preciso no perturbarla en semejante coyuntura. Si hay otra cosa que lo detiene, él no la conoce. Ella se recupera gradualmente en el curso de unas pocas semanas; la crisis pasó, su corazón está triste, tal vez, pero tranquilo, y retorne Wakefield más pronto o más tarde, ya no será

presa de la angustia. Esas ideas brillan a veces en las tinieblas de la mente de Wakefield, y le dan una vaga conciencia de que una valla casi insuperable separa su alojamiento alquilado de su anterior casa. "¡Pero si está en la calle próxima!", se dice a veces.

¡Insensato! Está en otro mundo. Hasta ahora, Wakefield ha postergado su retorno de un día para el otro; de ahora en más, dejará indeterminado el momento preciso de su retorno. Mañana no... probablemente la semana venidera... muy pronto. ¡Pobre hombre! Los muertos tienen tantas probabilidades de volver a visitar sus hogares terrenales como Wakefield, el desterrado por propia voluntad.

¡Ojalá pudiera escribir un libro, en lugar de un artículo de una docena de páginas! Entonces podría mostrar cómo una influencia que se halla mas allá de nuestro control pone su segura mano sobre cada acción que realizamos y teje sus consecuencias hasta formar un férreo tejido de necesidades. Wakefield está fascinado. Debemos dejarlo, durante alrededor de diez años, en los que ronda su casa sin llegar a cruzar el umbral, se mantiene fiel a su esposa, con todo el afecto de que es capaz su corazón, mientras su persona se esfuma gradualmente en el corazón de ella. Hacía ya mucho tiempo -debemos subrayarlo- que él había dejado de percibir la singularidad de su conducta.

¡Preparaos ahora para una escena! En medio de la muchedumbre de una calle de Londres distinguimos a un hombre, ya de alguna edad, con pocas características que puedan atraer a observadores distraídos, aunque para quien sea capaz de verlo lleva en todo su aspecto el sello de un destino nada común. Es delgado; su frente baja y estrecha muestra profundas arrugas; sus ojos, pequeños y sin brillo, a veces vagan con temor por aquello que lo rodea, pero con más frecuencia parecen mirar hacia adentro. Inclina su cabeza y se mueve, con un andar indescriptiblemente oblicuo, como si no estuviera dispuesto a mostrarse de frente ante el marido. Observadlo con detenimiento hasta ver lo que acabamos de describir y admitiréis que las circunstancias, a veces capaces de hacer hombres notables a partir del tosco trabajo de la naturaleza, lo han logrado en este caso. Luego, dejándolo para atravesar la calzada, dirigamos nuestra mirada en la dirección opuesta, donde una

mujer majestuosa. Ya en el ocaso de su vida, con un libro de oraciones en sus manos, se dirige hacia la iglesia. ¡Tiene la serena expresión de una viudez asentada. Sus pesares han desaparecido, o bien se han hecho tan esenciales para su corazón que difícilmente los cambiaría por la alegría. Precisamente cuando el hombre delgado y la majestuosa viuda se cruzan, se produce un ligero atascamiento que pone en contacto a estas dos figuras. Sus manos se tocan, la presión de la muchedumbre empuja el pecho de ella contra el de él; ambos quedan cara a cara, mirándose a los ojos. ¡De este modo Wakefield vuelve a encontrarse con su esposa tras una separación de diez años!

La multitud los arrastra y los aparta. La sobria viuda retoma su paso y se dirige a la iglesia; sin embargo, se detiene en el atrio y mira perpleja la calle. De todos modos entra en la iglesia abriendo su devocionario. ¡Y el hombre! Con una expresión tan descompuesta que hace volver la cabeza al Londres ocupado y egoísta, Wakefield se apresura hasta su casa, cierra la puerta con cerrojo y se echa en la cama. Los sentimientos latentes durante años surgen, a la superficie, su fuerza le da un breve momento de energía a su debilitada mente; toda la miserable extrañeza de su vida se le revela en un momento, y grita con pasión: "¡Wakefield! ¡Wakefield! ¡Estás loco!".

Quizás lo estuvo. La singularidad de su situación debe de haberlo moldeado de tal modo que, considerado en relación con sus congéneres y los asuntos de la vida, no podría decirse que estaba en su juicio. Había logrado -o más bien le había acontecido- separarse del mundo, desaparecer, para ceder su lugar y privilegios entre los vivos sin ser admitido entre los muertos. La vida del ermitaño no puede compararse a la suya de ningún modo. Wakefield estaba en medio del bullicio de la ciudad, al igual que ante, pero la multitud pasaba a su lado y no lo veía; figuradamente podemos decir que estaba al lado de su esposa y en su lugar, aunque sin sentir nunca la validez de uno ni el afecto de la otra. El destino sin igual de Wakefield consistía en conservar su parte originaria en las simpatías humanas y aun estar comprometido en intereses humanos, pero sin ninguna posibilidad de influir en las unas ni en los otros. Rastrear el efecto de esas circunstancias sobre su corazón e in-

telecto, por separado y al unísono, sería una especulación muy extraña. Sin embargo, por más cambiado que estuviera, pocas veces podía tener él conciencia del cambio, dado que se consideraba el mismo hombre de siempre. Por supuesto, a veces se le presentaban destellos de la verdad, pero solo por un instante. Él, incluso en esos momentos decía: "¡Pronto volveré!", sin reflexionar que había dicho lo mismo durante veinte años.

También imaginó que esos veinte años se le aparecían retrospectivamente, como un período muy poco más largo que esa semana a la que primero había limitado su ausencia. Vería todo lo sucedido como un intermedio en el curso general de su vida. Cuando luego de algún tiempo más, considerara llegado el momento de volver a entrar en la sala de su casa, su esposa golpearía las manos de alegría al ver a su marido, todavía en su edad madura. ¡Qué error! Si el Tiempo no hiciera otra cosa que esperar la terminación de nuestras locuras favoritas, todos nosotros seríamos jóvenes, y hasta el día del juicio.

Un atardecer, veinte años después de su desaparición, Wakefield hace su camino habitual hasta la casa que todavía llama suya: . Es una borrascosa noche otoñal, con frecuentes chaparrones que golpetean sobre el pavimento y desaparecen antes de que alguien tenga tiempo de abrir su paraguas. Detenido cerca de la casa, Wakefield entrevé, a través de las ventanas de la sala del segundo piso, el rojo resplandor, el centelleo y los caprichosos reflejos de un fuego confortable. En el cielorraso se refleja la sombra grotesca de la buena señora Wakefield. El sombrero, la nariz y la mandíbula, y la amplia cintura, forman una caricatura admirable que danza mientras sorben y bajan las llamaradas del hogar, de un modo casi excesivamente alegre por tratarse de una viuda entrada en años. En ese momento cae por azar un chaparrón y, empujadas por la desconsiderada ráfaga, las gotas dan de lleno en el rostro y el pecho de Wakefield. Este se siente estremecido por el repentino frío otoñal. ¿Permanecerá allí, empapado, tiritando, cuando en su propio hogar hay un buen fuego para calentarlo, y cuando su propia esposa correrá a buscar e! saco gris y la ropa interior que sin duda ha guardado cuidadosamente en el armario de su dormitorio? ¡No! Wake-

field no es tan tonto. Ascende los escalones. Y lo hace pesadamente, pues veinte años han endurecido sus piernas desde la última vez que bajó esa escalera, pero él no lo sabe. ¡Detente, Wakefield! ¿Vas a entrar en el único hogar que te queda? ¡Entonces métete en tu tumba! La puerta se abre. Mientras entra podemos ver su rostro por un momento, y reconocer en la sonrisa taimada que fue el precursor de la pequeña broma que desde entonces jugó a expensas de su esposa. ¡Cuán despiadadamente se ha burlado de su mujer! Y bien, ¡una buena noche de reposo para Wakefield!

Este feliz hecho -suponiendo que haya sido así- sólo pudo haber ocurrido en un instante, sin premeditación. No seguiremos a nuestro amigo más allá del umbral. Nos ha dejado mucho alimento para la reflexión, parte del cual prestará su sabiduría a una moraleja y será condensado en una figura. En medio de la confusión aparente de nuestro misterioso mundo, los individuos están tan perfectamente ajustados a un sistema, y los sistemas entre sí y con un todo, que un hombre, con sólo apartarse de su sistema, se expone al temible riesgo de perder para siempre su lugar en ese mundo. Al igual que Wakefield puede convertirse, por así decirlo, en el Desterrado del Universo.